

# La ética Una vocación radical de resistencia proyectiva

Ponencia presentada en el Congreso Latinoamericano de Ética de la Comunicación y el Periodismo, organizado por el Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM, los días 10, 11 y 12 de septiembre de 2007, en la Universidad de San Buenaventura, de Bogotá.



C.S. Juan José García Posada

No debe extrañarnos si el periodismo está recibiendo una afectación directa de la atmósfera nacional de atonía y distorsión moral y ética. Es lógico presumir que la vieja y bondadosa intención de ser leales a la sociedad en la que estamos debatiéndonos y hacer de los medios un trasunto de ella misma se realice tanto para bien como para mal. Esta es la realidad, así se aparte del deber ser.

En líneas generales, y con el obvio reconocimiento de que hay excepciones ejemplares de claridad de discernimiento y *sindéresis*, de fidelidad a principios y normas éticos y de coraje para defenderlos con resolución y carácter inflexibles, no es necesario siquiera hacer un escrutinio riguroso e intenso del *aquí y ahora* de la cultura profesional periodística para inferir que está rodeada de amenazas y tentaciones que pueden volverse irresistibles si no se asume la ética, desde la formación universitaria de los próximos y futuros colegas, como una vocación radical de resistencia. Pero de resistencia racional y proyectiva, de la que pueda esperarse un influjo positivo en el despertar de la conciencia de una sociedad abrumada por la banalidad, el cálculo utilitario abyecto, la malicia y la mala fe y la indolencia ante el dolor, la injusticia y la incertidumbre de muchísimos seres humanos.

Así como el individuo se parece a su ciudad, un objetivo natural de cada medio periodístico, en particular del impreso, debe consistir en parecerse a sus lectores, oyentes, televidentes o cibernautas, si se propone permanecer en sus hábitos, en la competencia diaria por la audiencia y en el dinámico y complejo escenario social.

Sin embargo, esa condición especular es de dos caras, porque se es espejo de los rasgos positivos y nobles, pero también de los defectos, los vicios y las perversiones de la sociedad y de los grupos de presión que pugnan por controlarla. Las luces y sombras y las paradojas de cada día están reflejándose en la agenda informativa y de opinión y en las diferentes modalidades de la vida mediática.

Por supuesto que es legítima y puede ser catártica la crítica pertinaz de los medios, de su neutralidad sospechosa y recurrente ante las perversidades de actualidad e interés público, de su virtual incompetencia para emitir juicios de valor y calificar sin eufemismos lo justo y lo injusto, lo conveniente y lo inconveniente, lo correcto y lo torticero, lo honorable y lo indecente.

No obstante (y estoy diciéndolo no sólo como periodista sino, sobre todo, desde mi perspectiva de profesor de Ética profesional y otras materias de la carrera) se incurre con frecuencia en descalificaciones generalizadoras y tendenciosas que acaban por crear en los estudiantes y futuros colegas una actitud de aborrecimiento a los medios periodísticos y a los periodistas, a la cultura profesional del periodismo y una sensación de impotencia para cambiar el estado de cosas.

Esta es una de las contradicciones deplorables que se verifican en buena parte de las facultades de Comunicación: la insistencia desafortunada en la presunta perversidad de "los medios" y en la virtual inutilidad de los periodistas, así como en la infructuosidad de su defensa profesional de la teoría, de los valores éticos, de la metodología de trabajo y del modo inteligente para usar la tecnología.

Tal actitud, estimulada por lo regular desde la ignorancia y el desconocimiento de la cultura profesional y de los criterios, propósitos y procedimientos de la actividad periodística, genera una vocación derrotista. ¿Para qué la ética (pregunta un estudiante), para qué la reflexión sobre el deber ser del buen periodismo, para qué las teorías sobre el derecho a la información y el servicio público de ilustrar y guiar a los perplejos, si en suma se nos enseña que el mundo de "los medios" y el académico son irreconciliables?

Una ética vitalista marcada con el sello del realismo optimista, del entusiasmo por emprender la reconstrucción de valores y la realización de ideales de transformación y cambio, de la confianza en que el estado de cosas tiene que cambiar y hay que empezar a construir proyectos depurativos y renovadores, es la que deberíamos preconizar en los programas de formación profesional. De lo contrario, las generaciones que llegan para el relevo habrán de seguir profesando una mentalidad derrotista y claudicante.

Parte inseparable de la formación profesional es la apertura a la crítica y la disposición a la autocrítica permanente, como factores de autoevaluación y mejoramiento cualitativo. Aunque pueden exagerar los ciudadanos que en su condición de lectores, oyentes, televidentes o cibernautas ponen en cuestión determinados textos informativos y aprovechan para lanzar denuos contra los periodistas y señalar posibles vacíos y debilidades culturales, ante las graves responsabilidades de informadores y orientadores

es preciso admitir que hay fallas originadas en su educación media y profesional y que es apremiante reforzar la formación humanística.

Debe hablarse con ánimo de autocrítica de problemas que están emergiendo con fuerza cada vez mayor en las universidades y que están reproduciéndose de modo exponencial en las salas de Redacción y los medios periodísticos. Se advierten como amenazas contraculturales, que forman un catálogo de obvios motivos de preocupación para la gente.

La lista de tales amenazas está volviéndose extensa. Pueden agruparse en tres categorías, como lo señalé en uno de los artículos semanales cuando fui Defensor del Lector de EL COLOMBIANO:

- 1) Las deficiencias teóricas debidas al menosprecio de las ciencias y disciplinas humanas y sociales, el facilismo de lo light y la pereza mental que impide la reflexión sobre los porqués del periodismo.
- 2) La distorsión relativista del criterio, la falta de *sin-déresis* (la facultad que permite discernir sobre la verdad y la mentira, el bien y el mal, lo justo y lo injusto) y la infravaloración de los asuntos morales y éticos. ¡La fuerza apabullante del *todo vale!*
- 3) La indisciplina y la negligencia para asumir responsabilidades y trabajar con método y la incompetencia lingüística, notoria en la degradación progresiva del lenguaje.

Es erróneo, por ejemplo, en nombre de la especialización, hacer del periodismo una secta separada de todas las demás actividades intelectuales y espirituales y rehusar la necesaria formación filosófica, histórica, literaria y jurídica y el manejo de varios idiomas.

Tal tendencia dilata la conciencia de responsabilidad social y desvirtúa la razón de ser del periodismo, al que el sentido de lo humano le es consustancial. La avidez por el saber, por el hallazgo de nuevos horizontes, por el descubrimiento de facetas inéditas de la realidad, son retos permanentes para los periodistas que son o que aspiran a serlo. El periodista no puede o no debe convertirse en instrumento retransmisor de datos: para hacer noticias escuetas sin criterio valorativo y para rellenar tiempo y espacio ya hay robots que seleccionan y redactan con base en plantillas y formatos automatizados.

Quien quiera hoy en día formarse como periodista (y la formación profesional no se limita al período

de concentración en el medio universitario, porque debe ser continua e indefinida) no debería ignorar que está ante el imperativo de ser un hombre culto, un humanista universal, un intelectual capaz de crear ideas, difundir saber y conocimiento, generar conversación ilustrada y guiar a los lectores en la búsqueda de sentido, además de orientar cambios de costumbres y transformación de patrones sociales de comportamiento.

Pero en medio de todas las amenazas contraculturales, la que está diezmando la integridad esencial del periodismo es la distorsión del criterio de veracidad. La verdad es un misterio en este tiempo de falacias, de mentiras maquilladas, de miedos e hipocresías y de verdades a medias. Hasta en el propio entorno de la comunicación social y el periodismo hemos dejado, por indiferencia, indolencia o facilismo, que se desvirtúe el concepto de verdad y se distorsione el criterio de veracidad.

En la actualidad la búsqueda del sentido profundo de los fenómenos circundantes y su esencia de historicidad ha sido sustituida por averiguación superficial de situaciones anecdóticas y episodios irrelevantes que sólo presentan apariencias de realidad, fragmentos de vida, falsificaciones de las verdades originales, discrepancias capitales entre el hecho o el dicho originales y la versión o la copia.

Las circunstancias nos fuerzan a dudar y preguntar en forma incesante. El ejercicio legítimo de la sospecha, la asunción de una postura filosófica iluminada por la duda como método y la disposición constante a someter todas las verdades presuntas o virtuales a la prueba de falsabilidad que aconsejan los hermeneutas, deberían ser actitudes éticas obligatorias de los intelectuales y muy en particular de quienes trabajamos en la tarea cada vez más arriscada y difícil de intentar la interpretación de la realidad y la búsqueda del sentido verdadero desde el periodismo, mediante propuestas de conversación ilustrada para lectores cada día menos cándidos y más críticos y exigentes.

Sin embargo, nuestra actividad profesional y nuestra labor intelectual se debaten en medio de las maniobras diarias de los titiriteros que mueven las cuerdas en el tinglado de la antigua farsa y con malicia y mala fe patentes ensombrecen el esplendor de la verdad. Habitamos en un planeta en el que el criterio de veracidad parece como si hubiera sido lanzado al sanalejo de la historia. Ser veraz es casi un motivo de descrédito, en una época en la que la imaginación y el ingenio son proclives a manifestarse en la invención

de los artificios más sofisticados para maquillar la mentira y darle apariencia de verdad.

Ni los derechos personalísimos como la intimidad, la honra, la fama y el nombre, ni los fines del bien común general, ni la angustia y la incertidumbre de la sociedad merecen respeto alguno para los mentores y propagadores de la mentira disfrazada de conveniencia pública.

La versión auténtica de los hechos de interés público e importancia informativa está dejando de ser constancia fidedigna del *aquí y ahora*, sustancia de la verdad histórica, para convertirse en desfiguración acomodaticia o caricatura arbitraria, en medio de una compleja variedad de factores que pueden integrar un antidecálogo para aniquilar el periodismo.

Puede elaborarse una lista contentiva de las diez señales de alerta sobre la presencia inminente del antiperiodismo, los diez modos de apagar la luz de la verdad:

1. El inmediatismo ahistórico y acrítico en función de la primicia, al servicio de la tiranía de la actualidad y del imperio del mercado. La parálisis por el miedo a la verdad y la verdad del miedo y el asordamiento deliberado de la verdad.
2. La pusilanimidad ante las tentaciones de la fama, el poder y el dinero y el silencio cómplice ante la corrupción y demás vicios públicos. La obsecuencia y el servilismo ante la política, el mundo de los negocios y los variados grupos de presión que gravitan en la sociedad actual.
3. El dogmatismo cerrado y excluyente, que niega la pluralidad y la multiplicidad de opciones de conocimiento y comprensión de los fenómenos y vence, pero no convence, con la imposición de hipótesis y conjeturas como verdades incontrastables.
4. El relativismo y la degradación valorativa al servicio de una amoralidad y una falta de ética que legitiman el "todo vale", con el consiguiente desprecio por la dignidad humana, la intimidad y los derechos personalísimos a la honra, la fama y el nombre. El periodismo se ha ufano de ser una profesión de profundo sentido humano. Pero lo humano pasa muchas veces a un plano secundario.
5. La vocación funambulesca y acrobática: un periodismo de trapevistas, de malabaristas, de equilibristas no comprometidos y consensuales, de paracaidistas e impostores, dispuestos a desarrollar una gran habilidad para desenvolverse con ventaja entre diversas tendencias u opiniones opuestas, sobre todo en política. Y la consiguiente demagogia populista, en función de la cual se hace toda clase de concesiones para ganar audiencia.
6. El facilismo y la instrumentación del periodismo como pretexto para propagar la realidad de la farándula y las corrientes de lo frívolo, lo light, lo insustancial e intrascendente. La falacia de la totalización de la realidad en cada edición deja inéditas incontables facetas de la realidad verdadera. Es la tiranía de la actualidad excluyente.
7. La presunción de que la muerte y la violencia son espectáculos consustanciales al periodismo. Una ética proyectiva invoca la opción biófila, basada, en lo esencial, en la defensa y la protección de la vida.
8. La ignorancia temeraria que hace del periodismo un oficio superficial e irrelevante, con sus implicaciones de inexactitud, imprecisión, irresponsabilidad y ligereza.
9. La simplificación de la verdad en nombre de la capitalidad, que reduce la nación a la región central y minusvalora las llamadas provincias periféricas e impone falacias capitales.
10. Y el décimo signo del antiperiodismo es la robotización por la asignación de funciones informativas a las máquinas. Con esa amenaza está asociada la automatización de periodistas de carne y hueso.

Los grandes afectados por las deficiencias actuales o futuras del periodismo y por la pasividad para asumir la ética, desde la formación universitaria de los próximos y futuros colegas y en el propio trabajo profesional en los medios, como una decisión radical de resistencia, han de ser los individuos que leen, oyen o ven pasar las versiones de la realidad mediante la prensa, la radio y la televisión. Ellos son los que tienen derecho a estar interpelando a los medios, cuando aparecen errores, tergiversaciones o incongruencias en conceptos o en datos sobre temas geográficos, históricos, políticos, etc. Son también los facultados para cuestionar los rasgos de inhumanidad desafiante del periodismo actual.

El catálogo de las amenazas contraculturales puede llegar a revocarse mediante la concienciación ética y el comportamiento consecuente en las decisiones editoriales libres, autónomas y responsables de cada instante en la vida periodística. Si no, esas amenazas pueden causar la derrota final del periodismo y su hundimiento en las tinieblas del olvido.